

Teología y paz, su aporte en la educación. Avances históricos y retos

Theology and Peace, and it's Contribution to Education: Historical Progress and Challenges

OMAR MALAGÓN AVILÉS

Universidad Santo Tomás, Colombia
Universidad Técnica Particular de Loja, Ecuador
omalagon@utpl.edu.ec

MANUEL GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Universidad Santo Tomás, Colombia
manuelgonzalezr@ustadistancia.edu.co

OLIVERIO MORENO ROMERO

Universidad Santo Tomás, Colombia
oliveriomoreno@ustadistancia.edu.co

Abstract

Theology and Peace are categories that are closely related; sometimes ambiguous, especially when the belief in God is used as a pretext for war. However, the history of theological reflection enriches the action of Christians in conflict situations. Theological education, from a transforming critical point of view, is called upon to propose values for the different beliefs that contribute to coexistence, construction and, consolidation of Peace. This research is a contribution of the research seedbed "Theology and Society" of the Universidad Santo Tomás. From the qualitative paradigm and with a hermeneutical approach, as well as applying a documentary analysis as a method; relationships between Education, Theology, and Peace are established. Challenges are proposed for the teaching of Theology for Peace, from the Sacred Scripture, the contribution of Saint Augustine, Saint Thomas and Kant, the Magisterium of the Church and some contemporary theologians, philosophers, and pedagogues. The study concludes that Theological Education is called to explore a transforming language and commitment that dignifies the person, promoting the development of environments that lead to the construction of a Culture of Peace. Finally, the study proposes a series of challenges for the formation of theology students, which promote the transformation of the subjects as agents of change for the construction of scenarios of Peace and the promotion of environments of non-violence, where the occurrence of the God's Kingdom is recognized.

Keywords: Peace; Theology; Education; Culture of Peace.

Resumen

Teología y paz son categorías que guardan estrecha relación, aunque en ocasiones ambiguas, especialmente cuando se acude a la creencia en Dios, como pretexto para la guerra. Sin embargo, la historia del pensamiento teológico enriquece la acción del cristiano frente a situaciones de conflicto. La educación teológica, desde una mirada crítica transformadora, está llamada a proponer los valores necesarios para que las distintas creencias aporten a la convivencia, construcción y consolidación de la paz. Esta investigación es un aporte del semillero de investigación a distancia "Teología y sociedad" de la Universidad Santo Tomás. Desde el paradigma cualitativo y con un enfoque hermenéutico, aplicando como método el análisis documental, se establecen relaciones entre educación, teología y paz, y se proponen retos para la enseñanza de la teología para la paz, desde la Sagrada Escritura, el aporte de San Agustín, Santo Tomás y Kant, el Magisterio de la Iglesia

y desde el punto de vista de algunos teólogos, filósofos y pedagogos contemporáneos. El estudio concluye que la enseñanza teológica está llamada a buscar un lenguaje y un compromiso transformador que dignifique a la persona, promoviendo el desarrollo de ambientes y escenarios que conlleven a la construcción de una cultura de paz. Finalmente, se proponen una serie de retos para la formación de estudiantes de teología, que promuevan la transformación de los sujetos como agentes de cambio, para la construcción de escenarios de paz y la promoción de ambientes de no violencia, en donde se reconozca el acontecer del Reino de Dios.

Palabras clave: Paz; teología; educación; cultura de paz.

1. Introducción

En el contexto del semillero de investigación “Teología y Sociedad” de la licenciatura en teología de la Decanatura de Universidad Abierta y a Distancia de la Universidad Santo Tomás, desde hace algunos años se ha desarrollado un proceso investigativo colaborativo (Pérez y González, 2020), que busca establecer escenarios para la paz, a través de la enseñanza teológica (Rodríguez, González y Malagón, 2020).

Lograr la paz es un anhelo continuo que trasciende a las sociedades y a las culturas. La tradición bíblica transforma el deseo en la esperanza de que Dios ayudará a lograr este propósito. Desde esta perspectiva, es importante tener en cuenta que la paz está por encima de las posibilidades racionales del ser humano, el cual aspira a ella únicamente desde sus propias fuerzas fundamentadas en las ciencias naturales y humanas (Pikaza, 2003, p. 9).

“Pues yo os digo: no resistan al mal; antes bien, al que te abofetee en la mejilla derecha ofrécele también la otra” (Mateo 5: 39. Biblia de Jerusalén Latinoamericana). La declaración de Cristo sobre el conflicto es humanamente irracional, aunque también puede ser una fuente completa para la reflexión teológica dirigida a abordar el tema de la paz. La gratuidad, la justicia divina, el perdón son elementos que el mensaje cristiano propone a fin de superar las situaciones de conflicto.

Es importante resaltar que, en condiciones de conflicto, las religiones parecen mostrar diferentes caras. Por un lado, la historia y los medios hablan de actos de violencia en nombre de la religión; y, por otro, las convicciones religiosas inspiran la construcción de la paz. Esta ambivalencia hace pensar, si la religión puede ser parte de la solución de la búsqueda de la paz, especialmente desde el ámbito educativo (Gehlin, 2017). Este artículo buscará desarrollar las perspectivas históricas y epistemológicas sobre la teología en la construcción de la paz, de manera particular desde la educación.

En el contexto global es evidente la falta de paz y concordia; y, es allí donde la teología está llamada a servir de guía a creyentes y no creyentes, desde la revelación de Dios en la historia personal y comunitaria de nuestras sociedades. Ya desde San Agustín y Santo Tomás se han presentado aportes significativos que se sintetizan en el presente trabajo. A su vez, se profundizará en las categorías teología, paz y educación, a partir de la Sagrada Escritura, el magisterio reciente de la Iglesia, desde el papa Juan XXIII con su Encíclica *Pacem in Terris* y algunos discursos de los papas Pablo VI, Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco en la celebración de las jornadas de oración por la paz, las cuales constituyen la voz de la Iglesia que constantemente como madre y maestra aporta a la construcción de la paz.

También se acudirá a algunos teólogos actuales y otros pensadores, para plantear algunos retos y propuestas que permitan plasmar su aporte en la construcción de escenarios de paz desde el ámbito educativo, que conlleven a formar y vivenciar la paz por el bien de la humanidad.

2. Metodología

La presente investigación se desarrolla en el contexto del semillero de Teología y Paz de la Universidad Santo Tomás, con el propósito de establecer los avances históricos y epistemológicos de la educación en la teología para la paz, con la perspectiva de iluminar los procesos de formación del licenciado en teología, especialmente en la misma Universidad.

El paradigma en el cual se fundamenta este estudio es el cualitativo, que nos permite construir una imagen de las distintas perspectivas históricas con respecto a las comprensiones de la construcción de la paz desde la teología (Vasilachis, 2006).

Este paradigma tiene como fortaleza permitir el acceso al estudio de la dinámica de los procesos sociales, de cambio y en contextos específicos, con el fin de responder al ¿cómo? y al ¿por qué? de los eventos (Mason, 1996; cfr.: en Vasilachis, 2016).

El conocimiento que se produzca en el estudio tiene como características la recuperación del protagonismo del sujeto, la reivindicación de la praxis de construcción de ambientes y escenarios de paz; y, la necesidad del encuentro con los otros a través del consenso, las cuales son condiciones básicas para producir conocimiento desde el paradigma cualitativo (Sandoval, 1996).

A su vez, se empleará un enfoque hermenéutico, buscando entender las complejidades de los entramados en las diferentes categorías, de manera que se evidencien relaciones y se logren hacer visibles estructuras superficialmente invisibles. Desde esta perspectiva es importante develar “las estructuras profundas de acción y significado” Vasilachis (2009, p. 69), para interpretar los distintos significados entre el lenguaje y la vida. Por ello una conciencia hermenéutica adiestrada tiene que ser sensible desde el primer momento a la alteridad del texto (Gadamer, 1999, p. 478).

Finalmente, el método elegido es la investigación y análisis documental, acudiendo a fuentes seleccionadas para dar respuesta al problema de investigación propuesto. Como instrumentos de investigación se elaboraron rejillas de análisis documental (RAE) de la mayor parte de los artículos y los autores llevaron a cabo discusiones virtuales durante 6 meses, en sesiones semanales para discutir los hallazgos y establecer análisis y conclusiones.

3. Resultados y discusión

3.1. La paz en la Escritura

Una de las preguntas que surge en este estudio es ¿Qué significa paz en el sentido bíblico? Para el mundo judío esta palabra se identifica con bienestar integral o salud, que resulta de relaciones auténticamente sanas, tanto entre las personas como con Dios. Esto lo atestiguan los profetas cuando proclamaban que reinaba la paz en Israel cuando había justicia, bienestar común, igualdad de trato y de salud, de acuerdo con el orden establecido por Dios en el pacto que había sellado con su pueblo.

Es así que *shalom* es convivir según la intención de Dios, expresado en su pacto. Por otra parte, cuando había desigualdad de oportunidades, injusticias, opresión, tanto social como económica, no había *shalom*. Un ejemplo de esto lo vemos en la forma en que el profeta Jeremías se quejaba de los profetas falsos de su tiempo que, debido a la ausencia momentánea de la violencia directa, anunciaban por todas partes “paz, paz”. Pero, por su parte, Jeremías respondía “no hay paz” (Jer. 6: 14). En el mismo contexto encontramos la razón detrás de la denuncia de Jeremías: “Como jaula llena de pájaros, así están sus casas llenas de engaño; así se hicieron grandes y ricos (...) no juzgaron la causa, la causa del huérfano; con todo se hicieron prósperos, y la causa de los pobres no juzgaron” (Jer. 5: 27, 28).

De esta manera, para los hebreos, la paz no era meramente la ausencia de violencia, sino la presencia de condiciones que conducen al bienestar de un pueblo en todas sus relaciones sociales y espirituales. No es meramente tranquilidad de espíritu o serenidad de mente, o paz en el alma, sino que tiene que ver con las relaciones armoniosas entre Dios y su pueblo y las relaciones de justicia y concordia entre los miembros de la nación.

El anuncio del nacimiento de Cristo viene descrito por el Evangelista Lucas con las palabras “Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres” (Lc. 2: 14) donde se presenta el deseo explícito de considerar a Cristo como quien traería la paz a la tierra. El signo de la paz se cumple en Cristo, hombre de paz, que viene a compartir con la humanidad el deseo auténtico de vivir la armonía y entra en concordancia con el anuncio veterotestamentario del Príncipe de la paz (Is. 9: 6). En Jesús reconocemos al verdadero maestro, porque enseña con hechos y palabras; convirtiéndose en arquetipo de la enseñanza para la vida. El cristiano aprende de la experiencia íntima y comunitaria de fe con Jesús y proyecta su vida alrededor de una ética que es iluminada por esta práctica vital.

El legado de paz de Cristo podría ser contradictorio al analizar su anuncio: “No piensen que he venido a traer paz a la tierra. No he venido a traer paz, sino espada” (Mt 10: 34); sin embargo, en este contexto Cristo expresa que seguirle a Él será causa de división; y, asegura, a través de hechos y palabras, que la respuesta a la persecución nunca será la espada, sino la mansedumbre de aceptar el mal que otro pueda infligir.

El culmen del mensaje cristiano se encuentra en el sermón de la montaña, y, en este discurso, Cristo traza un camino para sus seguidores: “Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios.” (Mt 5: 9). Su propuesta es dicente; Jesús advierte que el esfuerzo del creyente será su trabajo concreto por la concordia y por la paz; implícitamente no indica que al seguidor le corresponda “lograr la paz”, sino trabajar por ella; pues en el mundo existe aún el espíritu de la discordia. Ese esfuerzo se convertirá en una bendición: “ser llamados hijos de Dios”, es decir el reconocimiento de actuar según el pensamiento divino, estando en concordancia con el deseo de Dios para la humanidad. Desde aquí se colige que, como lo afirma también Ricoeur, la paz se dará como una práctica sociopolítica, pública y cultural, representada en el proceso del tribunal, y reconocida por la misma sociedad (Arce, 2017).

Cristo enseña a través de su anuncio que no hay paz si no se proyectan como esferas concéntricas los distintos ámbitos de su vivencia: la paz personal que es fruto de la libertad interior y de la posibilidad de desarrollar un proyecto de vida unido a Dios, la paz familiar como antesala de la sociabilidad necesaria para todo ser humano, la paz social que permiten el compartir humano, la paz entre naciones en donde se requiere que sea fruto de la justicia y la paz sobrenatural que es don de Cristo y fruto del amor y la entrega personal (Rodríguez, 1986).

Finalmente, Cristo habla de la paz en Jn 14: 27 de la siguiente forma: “Les dejo la paz, mi paz les doy; no se la doy como la da el mundo. No se turbe su corazón ni se acobarde”, proponiendo la búsqueda de la paz como un don entregado por el mismo Dios. Desde este anuncio de Cristo como quien porta y dona la paz, es también compromiso de la humanidad el construirla. Ya desde el inicio advierte Cristo la necesidad de no perder un horizonte trascendente que considere la paz más como una tarea continua, que como un simple fruto de las fuerzas humanas.

3.2. La paz en san Agustín, santo Tomás y Kant

A través de la historia humana se han generado distintas situaciones que desembocan en enfrentamientos entre pueblos, naciones y culturas. La reflexión filosófica y teológica acerca de la paz y de la guerra ha sido también una constante en distintos periodos históricos humanos. Para generar un primer acercamiento a las distintas posiciones filosóficas y teológicas históricas acerca de la noción de la paz, se estudiará brevemente el pensamiento de tres representantes; Agustín de Hipona por la edad antigua, Tomás de Aquino por la edad media y finalmente Immanuel Kant por la edad moderna.

Para Agustín de Hipona la bondad del hombre se refleja en la forma en la que vive el amor. Cuando este amor está dirigido a Dios es *charitas*, pero cuando el amor se dirige a sí mismo y a las cosas del mundo lo cataloga como *cupiditas* (Reale & Antiseri, 2018). Esta visión antropológica es necesaria para interpretar correctamente el pensamiento de san Agustín con respecto a la paz y la guerra.

San Agustín reflexiona en el libro XIX de la ciudad de Dios acerca de la paz como bien, no solo para la vida celeste, también para la vida terrenal (San Agustín, en Rossi, 1998): Porque es tan singular el bien de la paz, que aún en las cosas terrenas y mortales no sabemos oír cosa de mayor gusto, ni desear objeto más agradable, ni finalmente podemos hallar cosa mejor (1) Ante tanpreciado bien Agustín es realista y propone la teoría de la guerra justa, sobre la cual se ha construido la ética militar, que plantea 3 principios: proporcionalidad, probabilidad de éxito y guerra como último recurso (Copello, 2017, p. 179).

A su vez, San Agustín insiste en que la paz es el único objeto legítimo; dejando a la guerra como necesaria, únicamente para imponer una paz que ha sido violada. En cualquier situación se califica a la guerra como un desorden, y más aún cuando se recurre a ella para obtener un fin que puede ser logrado por un medio no bélico. También advierte del sufrimiento que se deriva de la guerra, el cual en ocasiones recae en las personas menos relacionadas con el objeto de la disputa (Copello, 2017, pp. 181-184).

En sus principios, san Agustín denota que el único bien admisible para la convivencia humana es la paz. Sin embargo, existen situaciones en las cuales es necesario restablecer la convivencia social y como último recurso se puede acudir a la guerra.

Para santo Tomás de Aquino, la paz inicia en la interioridad humana, donde se modela un equilibrio que lleva a la concordia, entendida como la unión de voluntades y de esfuerzos para conseguir un bien. También diferencia entre paz verdadera y paz aparente, la cual ocurre cuando se vive en el mal disfrazado de bien (Suma teológica, 2a sección, 2a parte, cuestión 29). Tomás de Aquino dice que si hay paz verdadera habrá concordia, mientras la concordia no necesariamente lleva a la paz; pues también pueden generar un acuerdo las personas que obran el mal. Ya en el ámbito social, el maestro angélico piensa que “los gobernantes deben procurar el bien común como si fuera el suyo propio”. Finalmente, santo Tomás completa la elaboración del derecho a la guerra con 3 preceptos que recogen el pensamiento agustiniano: declaración por una autoridad competente, por causa justa e intención recta de hacer la guerra (Copello, 2017, p. 182).

Por otra parte, Kant desde una perspectiva racional expresa que la paz debe surgir de la dialéctica entre conflictos de intereses, y debe ser construida por el propio esfuerzo humano. Es decir, para Kant la paz se convierte en una cuestión de intereses, en donde la historia se maneja por una nueva metafísica que dirige el futuro de la humanidad. Para este autor, la reconciliación es la meta de la historia, pues el hombre nace en un estado de hostilidad (Pikaza, 2003, p. 13). Desde esta percepción la sociedad humana se ve obligada a construir la paz para lograr su propia supervivencia.

El principal aporte de Kant referido a la paz es partir del hecho de la realidad humana sobre el conflicto de intereses, y la necesidad humana que surge y que conduce a generar alianzas con otros para lograr defenderlos. Es decir, se requiere de un esfuerzo de socialización, para intentar que se puedan mantener al máximo los intereses de todos. El otro camino posible sería la guerra total o la aniquilación, visible en el sinnúmero de genocidios cometidos a lo largo de toda la historia humana.

Además, Kant se atreve a comparar el logro de la paz con el momento del “quiliasma” cristiano, en donde se terminarán los conflictos, ya no por la acción de Dios, sino por la suma de los intereses de todos, en el que impera una misma autoridad racional. Desde esta perspectiva se podría pensar en un estado supranacional que construyera la paz universal (Pikaza, 2003, p. 15). Hoy en muchas situaciones, “en lugar de hablar de un estado justo, se habla de un estado legítimo, entendiendo por ello que tuvo un origen legal” (Beuchot, 2005, p. 105).

Galtung (Calderón, 2009) lee en los conflictos en algunos casos, la fuente motora de varios cambios humanos, y en otros, el momento de deshumanización absoluta. Desde una concepción antropológica que sintetiza a las grandes tradiciones, define al ser humano como alguien con capacidad de paz, que debe asumir la gestión de los conflictos y lograr la concordia personal y con el entorno; y que esta paz brinda una perspectiva de futuro.

Este pensamiento ha fortalecido la idea de la sociedad capitalista como modelo para ofrecer una paz social. Este constructo se realizó a partir de una base europea y racional de sociedad que no es posible parangonar en todos los pueblos y culturas. Los progresos sociales han sido enormes, sin que necesariamente se haya llegado a una paz social definitiva. Varias sociedades capitalistas han basado su fuerza impulsora en la competencia, lo cual ha puesto aún más presiones sobre la paz mundial, por causa de las brechas generadas, la explotación de recursos, la opresión y la guerra por la obtención de estos e incluso por los problemas derivados por los atentados efectuados contra la naturaleza.

Si bien existen muchos otros pensadores y teólogos que han aportado al desarrollo de la reflexión acerca de la paz, Agustín de Hipona, Tomás de Aquino y Kant brindan aspectos importantes acerca del significado de la paz humana y los caminos para lograrla. Los tres pensadores postulan la paz como una necesidad humana a construir; los dos primeros desde la unión con Dios y el último como un acto de la razón humana. Ellos, como personas de su tiempo, observan con claridad lo que ocurre a su alrededor y en su contexto; y desde allí realizan una serie de postulados que alientan a un trabajo continuo por la paz.

Hoy desde la visión sociológica de Galtung podemos hacer una síntesis distinguiendo los conceptos de paz negativa y paz positiva. En la primera implica solamente la ausencia de guerra o de actos que vayan directamente contra la integridad física o anímica de las personas; mientras que la paz positiva se refiere al trabajo mancomunado de todos los miembros de una sociedad para lograr disminuir, si no desaparecer las desigualdades, las estructuras que reduzcan las oportunidades de vida, o que dañen al ambiente, la falta de libertad de elección, expresión y organización (de Vera, 2016).

Actualmente, la humanidad enfrenta muchas situaciones que atentan contra la paz, fruto de las divisiones y la injusticia. A pesar de esto, se sigue trabajando por este bien, con luces y sombras, como toda empresa humana. Las religiones aún en varios puntos del planeta son fuente de discordia y desconfianza, e incluso de conflicto. El pensamiento teológico cristiano puede alumbrar desde distintos ángulos los puntos centrales que per-

mitirían continuar con el camino y, lo más importante, educar a las personas de fe en la construcción de un estado de paz duradera.

3.3. El magisterio reciente de la Iglesia sobre la paz

La Iglesia a lo largo de la historia ha sido como un faro para el mundo que ha perdido su humanidad y unidad hasta llegar a fragmentarse. Como lo expresa Bauman: “consideremos que la fluidez o la liquidez son metáforas adecuadas para aprehender de la fase actual (...) de la historia de la modernidad (Bauman, 2000, p. 8). En este paso, nada permanece “sólido”, desde las relaciones familiares hasta las relaciones que se entretienen en los Estados y en el ámbito global; esta problemática se refleja en la aparición de distintos fenómenos como la falta de igualdad social, el crecimiento de la pobreza, la marginación de las personas, la pérdida de valores humanos y cristianos, la autosuficiencia en la que se descarta al Dios de la vida, la desintegración de las familias, el surgimiento de conflictos entre los países por la lucha de intereses, haciendo crecer los brotes de la guerra.

Por otra parte, se ha desarrollado una mayor consciencia de la relación con una realidad más profunda que toma forma y se expresa a través de la Buena Nueva, esperanza para una sociedad que ha perdido el rumbo y que anhela la paz. Es así como, frente al tema de la paz y su construcción, la Iglesia en su tarea evangelizadora ha exaltado la posibilidad de educar al mundo para que ame la paz, la construya y la defienda, contra las premisas de la guerra que quieren fundar la paz desde los armamentos y la provocación y contra las insidias de una táctica del pacifismo que adormece al adversario o debilita el sentido de la justicia, el deber y el sacrificio, es necesario suscitar (...) a toda la población y a las generaciones futuras la necesidad, el sentido y el amor por la paz (Pablo VI, 1968).

Dentro de este estudio teológico, el pronunciamiento de la Iglesia en la “Jornada mundial de la paz” ha tenido resonancia en distintas instancias culturales y sociales, y se convierten en un aporte basilar para intentar dibujar los retos que el teólogo y el educador se deben proponer en la búsqueda de una educación integral para la paz. Para Pablo VI “la paz no puede basarse en una falsa retórica de palabras. Sus fundamentos son la verdad, la justicia, la libertad, el amor” (en González, 2018, p. 722). La vida cristiana, asumida con coherencia, construye estos valores a través del anuncio de Cristo, y desde aquí, la Iglesia tiene como opción educar, iluminar, construir y aportar a la paz, frente al egoísmo humano, los nacionalismos, rivalidades, el hambre y la miseria, las ideologías dominadoras y el armamentismo.

La perspectiva del pensamiento católico en torno a la paz está enriqueciéndose paulatinamente con intervenciones del magisterio, particularmente en lo referente a la guerra justa. Ya Juan XXIII afirmaba que “la guerra no es un modo apropiado para restablecer el derecho”, Pablo VI descubre y se pronuncia sobre la relación estrecha entre paz y desarrollo, es decir paz y justicia social; Juan Pablo II evidenciaba la tragedia de la guerra y Benedicto XVI afirmaba que “amar a los enemigos es el núcleo de la revolución cristiana”. Finalmente, durante la conferencia de Roma sobre no violencia y paz justa, en relación con la guerra lícita se reconoce que la teoría de la guerra justa puede convertirse en un mecanismo para promover la guerra, en lugar de evitarla (Copello, 2017, p. 178).

Juan XXIII desde una visión antropológica profunda, considera la paz como una tarea humana que debe construirse sobre los sólidos principios de la verdad, la justicia, el amor y la libertad. La verdad se entiende como el reconocimiento de la misma dignidad de todo ser humano, sin distinciones de raza, credo, cultura y orientación política. La justicia del

cristiano es aquella que va más allá de dar a cada cual lo que le corresponda; es, por tanto, sinónimo de misericordia e irá siempre de la mano del amor o caridad, que es forma del amor divino en cada persona. Finalmente, la libertad es la capacidad de personas y países de elegir y trabajar por su progreso integral, sin imposiciones ni coacciones.

Pablo VI (1968) anima a renovar la mentalidad acerca del hombre, de sus deberes y destino, en un entorno de equilibrio, pacífico, justo y equitativo, que reconozca y respete el derecho a la vida y a la dignidad humana, lejos de ambiciones metalizadas y egocéntricas, que atacan la esencia del ser humano para sumirla en mortíferas alienaciones, que causan tanto desastre y dolor.

Este llamado que la Iglesia hace busca defender la paz frente a los peligros que siempre la amenazan, como lo expresa el Papa Pablo VI en su mensaje para la celebración del día de la paz:

El peligro de supervivencia de los egoísmos en las relaciones entre las naciones; el peligro de las violencias a que algunos pueblos pueden dejarse arrastrar por la desesperación, al no ver reconocido y respetado su derecho a la vida y a la dignidad humana; el peligro, (...) del recurso a los terribles armamentos exterminadores de los que algunas potencias disponen, (...), el peligro de creer que las controversias internacionales no se pueden resolver por los caminos de la razón, es decir de las negociaciones fundadas en el derecho, la justicia, la equidad, sino sólo por los de las fuerzas espantosas y mortíferas (Pablo VI, 1968, p. 2)

En el proceso de construcción de la paz, la Iglesia en el último siglo ha dado un mensaje de esperanza y de no confrontación, llamando a los distintos actores que intervienen, como los gobernantes, las instituciones del Estado, la educación, las familias, los jóvenes, a vivir en coherencia con lo que profesan, pero también a luchar constantemente por este camino que no resulta fácil, pero que constituye la línea fundamental para el verdadero progreso humano, como lo afirma el papa Pablo VI en su mensaje:

La paz es la línea única y verdadera del progreso humano (...); lo hacemos porque la paz está en la entraña de la religión cristiana, puesto que para el cristiano proclamar la paz es anunciar a Cristo (Pablo VI, 1968, p. 3).

Juan Pablo II se presenta como el “peregrino de la paz” que invita al “trato humano, no violento; negociaciones razonables y no por la fuerza; clima de diálogo y libre discusión; tener presente los intereses de los grupos implicados y las exigencias del bien común” (González, 2018, p. 724). Su pensamiento decididamente claro, en un pontificado particularmente prolongado, con el peso de la historia de guerra del siglo XX que lo tocó profundamente, le sirvió para inspirar acciones por la paz. Señala que “La paz se pierde a causa de la explotación social y económica por parte de especiales grupos de intereses” (González, 2018, p. 726). De ahí la necesidad y urgencia de la justicia en las relaciones laborales, comerciales, en el trato entre países...

Fue testigo del aumento del materialismo y el desprecio de la vida, por ello vio urgente desarrollar y promover una sólida cultura de paz, que prevenga y evite la violencia armada, impidiendo el crecimiento de la industria y el comercio de armas. Recurrir a la violencia en nombre de su credo religioso es una deformación de las enseñanzas de las religiones, un “crimen contra la humanidad; ningún responsable de las religiones puede ser indulgente con el terrorismo y, menos aún, predicarlo” (González, 2018, p. 727).

El papa Benedicto XVI centra su mensaje en la búsqueda de la verdad, la dignidad y la conciencia de ser parte de la familia humana, como bases para la consecución de la paz en una época marcada por el “nihilismo y el fundamentalismo, con armas nucleares para garantizar la seguridad del país” (González, 2018, pp. 728-729). Ciertamente que no son las armas las que van a construir o garantizar la paz.

El papa Francisco dirige su reflexión, en una época de nuevas ideologías egocéntricas, que debilitan los lazos sociales, agudizan el consumismo y fomentan la mentalidad del descarte, llevando al desprecio y abandono de los más débiles, por considerarlos inútiles. Denuncia que prosiguen los atentados terroristas, con sus trágicas consecuencias, los secuestros de personas, las persecuciones por motivos étnicos o religiosos, las prevaricaciones, la vivencia de una tercera guerra mundial por fases (González, 2018). El papa identifica la indiferencia como enemigo de la paz y una forma de violencia simulada hacia los demás. Ve esta grave situación como una estrategia que pueden utilizar las personas, las comunidades y los estados para olvidar la responsabilidad de vivir la misericordia y ser constructores de paz.

De esta manera las reflexiones y aportes por la paz cuestionan al creyente, a los creyentes de otras religiones, al sistema educativo, a los gobernantes... frente al escaso compromiso por la construcción de una paz estable y duradera, basada en la justicia, la verdad, el respeto a la dignidad humana, la libertad religiosa y de conciencia, el cuidado de la naturaleza, la no violencia, evitar el hambre con los recursos “invertidos” en la carrera armamentista, poniendo a Cristo como modelo, mediador y fin de una paz posible.

3.4. El aporte del magisterio de Pablo VI y Juan Pablo II a la educación para la paz

El concepto de educación para la paz requiere de una base filosófica y sociológica que pueda comprender todos los aspectos que ella involucran. Para Tuvilla (2004), la educación para la cultura de paz se define como,

El proceso global de la sociedad, a través de la cual las personas y los grupos sociales aprenden a desarrollar conscientemente en el interior de la comunidad nacional e internacional y en beneficio de ellas, la totalidad de sus capacidades, actitudes, aptitudes y conocimientos para conseguir cada una de las metas que conforman la cultura de paz (Tuvilla, 2004, p. 397).

Y, a su vez, una cultura de paz se define como,

[...] cultura de la convivencia y de la participación, fundada en los principios de libertad, justicia, democracia, tolerancia y solidaridad; una cultura que rechaza la violencia se dedica a prevenir los conflictos en sus causas y a resolver los problemas por el camino del diálogo y de la negociación; y una cultura que asegura (...) el pleno ejercicio de sus derechos y los medios necesarios para participar plenamente en el desarrollo endógeno de su sociedad (Tuvilla, 2004, p. 397).

Desde este punto de vista la educación para la cultura de la paz es una actividad continua, que involucra a toda la sociedad y que busca crear puentes para generar equidad y diálogo, que no acude a la violencia, y que, a través de los valores prácticos promueve la participación del ser humano en su realización como persona.

Desde esta concepción, se revisarán los mensajes de dos pontífices en las jornadas por la paz, de tal manera que el estudiante de teología, el educador, el creyente y todos los

hombres de buena voluntad puedan evidenciar la propuesta y el compromiso de la Iglesia frente a la educación para la paz. “Una nueva pedagogía que debía educar a las nuevas generaciones en el mutuo respeto de las naciones, en la hermandad de los pueblos... Es necesario educar al mundo para que ame la paz, la construya y la defienda” (Pablo VI, 1968, p. 2).

Esto exige a nivel global introducir el tema de la educación para la paz en los programas formativos, acogiendo los valores de verdad, justicia, amor y libertad, en un proyecto educativo que dura toda la vida.

La Iglesia señala que uno de los pilares importantes en la educación para la paz es la promoción de las actitudes de reconciliación, perdón y conversión: “Hagamos posible la paz, predicando la amistad y practicando el amor al prójimo, la justicia y el perdón cristiano. ¡La reconciliación es el camino hacia la paz!... no hay paz sin perdón” (Pablo VI, 1973). No son solo reflexiones, sino hechos coherentes con los valores humanos y cristianos que llevarán a participar de esta noble tarea.

En el ámbito social, la Iglesia afirma que la educación debe propiciar la no violencia y la defensa de la vida, alcanzando el respeto efectivo de los derechos del hombre: “La paz verdadera... se funda en la dignidad humana... paz y vida... son... bienes supremos y correlativos. ¿Queremos la paz? ¡Defendamos la vida!” (Pablo VI, 1977). Esta dignidad humana implica trabajar por la justicia y la verdad: “Si quieres la paz trabaja por la justicia” Pablo VI, 1972 defendiendo a los débiles y castigando a los violentos.

El espíritu de guerra “brota y madura allí donde son violados los derechos inalienables del hombre” (Juan Pablo II, 1981)..., y es por esto necesario buscar un orden internacional más justo, que conlleve a una repartición más equitativa de los bienes, de los servicios, del saber, de la información y una decidida voluntad de encaminarlos hacia el bien común. (González, 2018, p. 732).

Sobre esta concepción eclesial de paz social, cualquier compromiso educativo y cristiano debe combatir las estructuras de injusticia, la pobreza y promover el desarrollo y la solidaridad. Los cristianos deben promover una sociedad más justa, luchar contra el hambre, la miseria y la enfermedad. Esta justicia social requiere afrontar directamente las formas estructurales de pobreza existentes en el mundo, que generan desigualdad y discordia. “Para promover el bienestar social, cultural, espiritual e incluso económico de cada miembro de la sociedad, es indispensable frenar el consumo inmoderado de bienes materiales y contener la avalancha de las necesidades artificiales” (Juan Pablo II, 1993, p. 5). Usar de manera indiscriminada los bienes de la creación terminan por establecer modelos de vida extractiva, contaminación y destrucción del medio ambiente, que atentan contra la vida en el planeta.

Activamente el cristiano debe promover una libertad basada en el amor y la atención al prójimo, pues “no hay libertad sin empleo honesto, remunerado, cuando hay tantas servidumbres deplorables” (Juan Pablo II, 1981, p. 3). Una educación consciente e intencionada debe actualizar el don de fraternidad de todos los hombres, derivada de la Paternidad de Dios, con la confianza de: “educar que cada hombre es nuestro hermano es construir el edificio de la paz desde sus cimientos” (Pablo VI, 1971; en González, 2018, p. 736). En este sentido, la mirada humana no debe tener solo interés por su cultura, su clase social, el arraigo a la tierra de forma individual y egoísta, sino una mirada solidaria y global desde la hermandad - fraternidad universal que lleve a construir la paz y a cuidar la vida con calidad y dignidad para todos.

A su vez, la educación para la paz exige formar en el cuidado de la creación, afectado por el consumo inmoderado y la carrera armamentista, donde la explotación desbordada de recursos va de la mano del deterioro progresivo de la calidad de la vida:

El respeto a la vida y... a la dignidad de la persona humana, es la norma fundamental inspiradora de un sano progreso económico, industrial y científico... El peligro de daños graves a la tierra y al mar, al clima, a la flora y a la fauna, exige un cambio profundo en el estilo de vida” (Juan Pablo II, 1999; en González, 2018, p. 746).

Se debe establecer una nueva relación con la tierra que nos prodiga frutos abundantes, no sólo para nuestra supervivencia, también para nuestro bienestar.

La educación para la paz debe velar por la promoción de la libertad religiosa y de conciencia. Juan Pablo II es claro y contundente:

No hay libertad cuando no está garantizada la libre participación en las decisiones colectivas o el libre disfrute de las libertades individuales, cuando todos los poderes están concentrados en manos de una sola clase social, de una sola raza, de un solo grupo; o cuando el bien común es confundido con los intereses de un solo partido que se identifica con el Estado (Juan Pablo II, 1981; en González, 2018, p. 739).

Por ello, también es un llamado a la participación efectiva, a la auténtica democracia. Esto significa un esfuerzo particular por mantener el diálogo interreligioso y la libertad de pensamiento y culto para fomentar consensos y concordia. Avanzar socialmente exige diálogo, oración y buscar el bien común para resolver los conflictos, allí “las confesiones cristianas y las grandes religiones han de colaborar para eliminar las causas sociales y culturales del terrorismo” (Juan Pablo II, 2002; en González, 2018, p. 751).

Para la Iglesia, la construcción de la paz se convierte en una tarea individual y colectiva y una conquista de todos los hombres, que se debe hacer con convicción. “La paz es valentía, es sabiduría, es deber... es un don, pero el hombre jamás está dispensado de su responsabilidad de buscarla y de esforzarse por establecerla” (Pablo VI, 1974; en González, 2018, pp. 753-754). Así, no solo los gobiernos, o las escuelas, las universidades, todo creyente y toda persona de buena voluntad está convocada y debe comprometerse en la construcción y búsqueda continua de la paz.

3.5. Teología contemporánea y paz

En los tiempos actuales la paz social se ha construido sobre la base de acuerdos globales que pueden tener influencia sobre los Estados, sin embargo, esta condición no garantiza la existencia total de este bien. Organismos mundiales como las Naciones Unidas tienen una clara opción por la consolidación de la paz, a través de distintos programas de pacificación y defensa; lo cual no ha logrado evitar conflictos, algunos de estos con origen en la religión. Esta “racionalización” de la búsqueda de la paz no ha alcanzado los objetivos planteados, y más bien ha profundizado la brecha en las diferencias sociales y culturales humanas.

Pikaza propone, al contrario de Kant, que la paz está en el campo de la gracia, es decir aquello que supera los intereses humanos, en donde se desarrolla el espacio de la gratuidad, primero de Cristo, luego de las personas (Pikaza, 2003, p. 20). Para este teólogo la paz tiene como riesgos al Estado con su estrategia de control para servir a los intereses del

mercado y la planificación eugenética para producir personas como bienes de consumo (Pikaza, 2003, p. 29).

Desde estos antecedentes es posible encontrar en otros pensadores, como Levinás, el postulado de la no moralidad de la violencia. Su propuesta se basa en mirar el rostro de quien terminará más afectado por la violencia (el sencillo y el pobre) para fundamentar la necesidad de no acudir a ella en la resolución de los conflictos (Losada, 2005). También Hanna Arendt propone la paz en el perdón, la promesa y el futuro de la natalidad. Estos dos pensadores judíos dibujan un modelo mesiánico de paz basado en la esperanza y en la justicia social (Ávila, 2005). El pensamiento de Levinás y Arendt proponen una paz basada en el hombre, especialmente de aquel más débil, pero que mira con esperanza al futuro y la promesa mesiánica. Esta visión es un punto de encuentro para establecer un diálogo interreligioso alrededor de la paz, especialmente en la persona de Cristo, en quien sus creyentes identifican al Mesías.

Dentro del pensamiento cristiano, Antonio González propone una praxis evangélica basada en la radicalidad de la alteridad de Dios que se manifiesta en Jesucristo. Este pensador se identifica con la necesidad del compromiso y de la experiencia de vida, en el cual más allá de la racionalidad que da la ley, se establezca una práctica de la gratuidad. Esto implica generar consensos, fruto de la experiencia vivida en la relación de alteridad de Dios con los hombres. Este pensamiento termina sugiriendo la imposibilidad de imponer por el “orden de la ley” sea a través de las religiones o de la ilustración; y de manera más dramática en la Iglesia a través de la tentación del poder institucional o incluso del poder violento promulgado por algunas ramas de la teología de la liberación (González, 1999).

El modelo de Iglesia en búsqueda de la paz se cumple según González en la vivencia de la alteridad, superando el nivel de la ley, y entrando a la vivencia del mandamiento del amor. Finalmente, Pikaza propone sobre todo una Iglesia Pascual por la muerte de Cristo siendo responsables y partícipes de la muerte de cruz y de su anuncio; desde donde parte el perdón necesario para construir la paz. Desde esta comprensión, la Iglesia está llamada a ser germen de paz desde la vivencia de una comunión gratuita y de acogida de la unidad en la diversidad (Pikaza, 2003, p. 52).

Por su parte Rielo (Lázaro *et. al*, 2001) formula que la educación para la paz consiste en modular en el ser humano el comportamiento ontológico del modelo absoluto (Dios). Es decir, atender a la divina presencia constitutiva que legisla en todo ser humano. La virtud que modela y modula la inteligencia humana es la fe, con su capacidad creadora; la cual será vital en la educación para la paz, que será una conquista diaria. Finalmente, para este autor, la misión del cristiano será educar y educarse en el anuncio del Evangelio, en donde el primer acto educativo es creer en la paz.

El pensamiento teológico contemporáneo también se ha interesado por reflexionar sobre el papel del cristiano en la consecución de la paz, partiendo del hecho de poner en camino a una Iglesia que sea reflejo de ésta y que pueda alentar a los fieles a su vivencia práctica, a partir del perdón, de la misericordia, de la justicia social y de la esperanza continua de recibirla como don de Cristo. Estos dos ámbitos de fe y praxis social caracterizan los discursos teológicos alrededor de la paz de finales del siglo pasado y de inicios del presente, ante la expectativa de lograr mayores comprensiones que permitan construir una sociedad en la que prime la concordia y la justicia.

3.6. Enseñanza teológica para la paz

Los aportes en torno a la educación para la paz provienen de diversas fuentes y han permeado distintas áreas de la pedagogía. La reflexión en torno a la enseñanza teológica para la paz, se ha dado de manera especial en la última década debido a la creciente conciencia sobre la importancia de la educación en la creación de un futuro posible para la humanidad. Es evidente que la paz, así como muchos otros pensamientos y actitudes requieren de la educación para su comprensión, interiorización y práctica.

En este artículo, por la afinidad temática, queremos presentar algunos aspectos abordados por la médica, filósofa y pedagoga María Montessori, nominada al premio Nobel de Paz por su reflexión y compromiso en torno a la paz, desde la educación del niño. La paz es compromiso por el bien común, mientras que “la guerra se puede equiparar con el incendio de un palacio repleto (...) de tesoros valiosísimos. Cuando queda reducido a (...) cenizas (...) puede compararse con lo que el mundo entiende generalmente por paz (...) como el cese de la guerra (Moreno, 2012, p. 101).

La humanidad entera, no solo sus gobernantes, debe comprender que muchos años de trabajo se pueden destruir en corto tiempo a causa del sinsentido de la guerra. La paz impuesta por las armas está basada en la injusticia, en la imposición por la fuerza, en la destrucción que genera hambre. Esta destacada intelectual vivió la barbarie de la primera y segunda guerra mundial, por ello con autoridad ha expresado que “La paz es sumisión forzosa de los conquistados una vez el invasor consolida su victoria, y se sienten con derechos sobre los pueblos sometidos” (Moreno, 2012, p. 101-102).

Su amplia experiencia y autoridad en el campo educativo la llevaron convencerse de que un paso decisivo hacia la paz lo constituye acabar con las injusticias y que la mayor de las injusticias es la ocasionada contra el niño. Por ello,

[...] la educación debe alcanzar la importancia social que merece, convirtiéndose en la mejor arma para la paz... Solo habrá progreso cuando haya conciencia que la educación es el gran armamento para la paz (...). Pero, ha estado restringida, ha quedado rezagada, como en el nivel del arco y la flecha comparada con los armamentos actuales” (Moreno, 2012, p. 102).

Esta realidad de la primera parte del siglo XX no es ajena a la realidad actual, cuando la amenaza de destrucción es latente y donde no se han tomado acciones para eliminar los armamentos y desarrollar acciones que promuevan la educación para la paz. De tal manera que el compromiso del educador, en cualquiera de las áreas o niveles de formación debe ser por el progreso, la justicia y equidad, el bien común, la verdad, la vida ética, erradicar el hambre, las injusticias y el dolor humano. “Establecer una paz duradera es obra de la educación; lo único que puede hacer la política es librarnos de la guerra” (Montessori, 1998, p. 6).

Algunos autores como Montiel (2015) proponen que para llegar a la construcción de la paz se deben dar cinco pasos previos que incluyan la cultura por la transparencia, por la legalidad, por la transformación de los conflictos, por la solidaridad y el diálogo, finalmente, una cultura por la paz. Este autor afirma que la teología puede aportar en el campo de la transformación de los conflictos, a través del diálogo interreligioso y el ecumenismo. Si bien el interés por la comprensión entre religiones es un paso importante para lograr la paz mundial, el propósito de la presente reflexión va más allá, buscando establecer retos para que la enseñanza teológica promueva valores, actitudes y conductas de paz en

entornos concretos y de la vivencia creyente de la fe, con miras a educar para la paz y a construir una paz estable y duradera, fruto de la justicia.

El compromiso de educar para la paz no es solo competencia de la Iglesia, o de la institución educativa, debe ser una actitud del sistema educativo y de políticas públicas regionales y globales, con apoyo de las pedagogías críticas, que “asumen para sí pretensiones de índole transformativo, emancipadoras y de carácter político-social toda vez que su finalidad no es otra que posibilitar la realización del sujeto desde el acto educativo” (Santamaría y Mantilla, 2018, p. 115).

Sin estos alcances, el acto educativo puede quedarse en formas tradicionales de aprendizaje que reproducen injusticias y nociones sin contexto, impiden la emancipación, no aportan a la construcción de proyectos de vida de personas felices y de construcción de la paz. En este sentido “Las pedagogías críticas se constituyen en dinamismo autorreflexivo para reconocer la escuela como lugar de dominación, de opresión y de exclusión en virtud de la reproducción del modelo de sociedad propio de la modernidad” (Santamaría y Mantilla, 2018, p. 116). Modelo que debe ser cambiado desde la escuela, eliminando estructuras de injusticia e inequidad, para ser portadora de esperanza y compromiso por un mundo mejor, respondiendo a retos educativos del siglo XXI.

La educación en general y la teológica en particular está llamada a convertirse en un medio para lograr fomentar la paz y la reconciliación integral de la persona. Delgado argumenta que es necesario acudir a la pedagogía de Cristo para lograr este fin: “la encarnación, la solidaridad, la crítica, los signos, el camino, la praxis: educar por y para la práctica (Delgado, 2011, p. 48)”. Finalmente, afirma que la educación es un medio para humanizar al hombre y para que éste promueva la reconciliación y la paz.

Por su parte Sols, a partir del pensamiento de Ellacuría, afirma que “la universidad debería ser una institución que entra decididamente en el interior de los procesos históricos de transformación, y que aportase elementos para entender la realidad y para transformarla, todo ello universitariamente” (Sols, 2016, p. 2).

Arce hace un análisis en el que establece la paz como estado de plenitud y de gozo, pero que es muy frágil en nuestra sociedad actual. Con inspiración en la encíclica del papa Francisco, *Laudato siù*, propone un nuevo estilo de vida que suponga la superación del “paradigma tecnoeconómico, por la lucha por la justicia, la paz y la celebración de la vida” (Arce, 2017, p. 106). Para el autor, la teología de la paz debe ser iluminada por el Reino, como “imagen perfecta de ese espacio comunitario que se sustenta en la práctica de las relaciones de paz” (Arce, 2017, p. 106).

Para Andrade (2019) la religión cumple una función importante en la educación para la paz de la sociedad latinoamericana. Por esto sugiere que el cristianismo debe tener una mirada crítica ante las situaciones de conflicto y guerra, y la Iglesia debe formar a los creyentes para que puedan adoptar una postura en la realidad en la que vivan a favor de la paz.

Könemann (2016) propone una teología práctica y una pedagogía de la religión que aliente a la dedicación en el tema de la paz. Afirma que el cristianismo no puede ser pensado sin la paz y critica el hecho que durante mucho tiempo la teología se haya dedicado a defender la guerra justa y no a defender la paz. De manera más concreta reflexiona que la educación para la paz busca disminuir la percepción del otro como enemigo, potenciar la cultura democrática y si es posible reconocer al otro como necesario.

Gehlin (2017) en un texto que dedica a la educación para la paz reconoce que la enseñanza de la fe, requiere de un lenguaje teológico y simbólico que es crucial en la forma en que los creyentes interpretan la realidad. Este lenguaje y simbolismo termina teniendo una fuerte influencia en la persona de fe, a la hora de resolver situaciones de conflicto. Es aquí donde se hace importante desarrollar unos discursos, que luego se exteriorizan en las actitudes de vida, en los sermones y en la relación con los demás, que permitan una toma de consciencia sobre la importancia que la religión tiene en la búsqueda y consecución de la paz.

Desde esta perspectiva, Gehlin propone abordar cuatro aspectos que son importantes para que la transmisión del mensaje de fe tenga efectos en la búsqueda de la paz: la ética teológica, la interpretación de la escritura a la luz del mensaje de paz de Cristo, la espiritualidad como vivencia de la paz y una visión ecuménica que promueva el diálogo abierto y pacífico con otras realidades de fe.

La propuesta para lograr un proceso de educación para la paz, con ayuda de la teología inicia por reconocer que es una tarea de largo plazo, que necesita generar estructuras de confianza, es decir de un ambiente de aprendizaje que promueva la libertad y la esperanza. También se requiere de un trato igual y respetuoso entre los educandos y los educadores. De manera más concreta desde el punto de vista teológico, es necesario resaltar la actitud de Jesús en la resolución de conflictos, aplicándose a la vida práctica del estudiante. Esto implica desarrollar estrategias que promuevan dentro del estudiante de teología, una actitud que le lleve de manera permanente a reflexionar sobre su rol de futuro pensador y maestro y sus estrategias particulares que promuevan la paz en el contexto en que se desarrolle profesionalmente.

4. Retos y conclusiones

4.1. Retos educativos para el teólogo en la construcción de escenarios de paz

Después de haber realizado una búsqueda bibliográfica exhaustiva y un análisis documental en las que se profundizó las relaciones entre teología y paz, desde el aporte del pensamiento teológico y filosófico San Agustín, Santo Tomás y Kant; el Magisterio de la Iglesia, a partir del pensamiento de los últimos papas; y desde el punto de vista de algunos pedagogos y teólogos contemporáneos, se logró establecer algunos retos fundamentales en cuanto a la tarea educadora del egresado en la construcción de escenarios de paz en el contexto educativo, a partir del aporte ofrecido por el programa de licenciatura en Teología de la Universidad Santo Tomás.

Las comprensiones alrededor de la educación en teología para la paz deben motivar cambios de paradigma profundos, como el planteado por Montessori, con respecto a la definición de la paz, que no consiste únicamente en ausencia de la guerra; a la síntesis propuesta por Galtung con respecto a contar con una antropología comprensiva que reúna a las grandes tradiciones en torno a la persona como ser capaz de vivir la paz; el aporte de Rielo, con respecto a la necesidad de una antropología que revele la necesidad de la fe en la educación para la paz; a los mensajes papales que no ven posible la paz sin justicia, verdad y fraternidad; al empeño concreto que piden las teologías contextuales en la construcción

de la paz; y también al enriquecimiento del simbolismo y el lenguaje en la educación para la paz.

El primer reto se refiere a comprender el papel que debe desempeñar la Universidad Santo Tomás como formadora de licenciados en teología, ante la responsabilidad de preparar egresados idóneos y comprometidos con la construcción de escenarios de paz en los distintos contextos en los que ejerzan su vocación; los cuales, desde sus planes de formación curricular, enmarcan con una clara intencionalidad de encarnar la teología como posibilidad de ayudar a encontrar la presencia de Dios que habla y que transforma, de tal forma que la misma no se comprenda de manera aislada a los contextos, sino que propendan por la reflexión en torno a las necesidades y realidades sociales como lo afirma Sols:

[...] los objetivos de la universidad son el análisis de la realidad y la transformación de esa realidad; las funciones de la universidad son la docencia, la investigación y la proyección social; sus variables son la contextualización y la universalización; el instrumento principal es la cultura, estructurada en ciencias (Sols, 2016, p. 3).

Para ello y de manera especial, desde la Universidad Santo Tomás, la pedagogía y la teología se articulan para que por medio de la responsabilidad docente, se logre contextualizar los escenarios de actuación de sus estudiantes, identificando las necesidades y búsquedas de la población local, de modo que desde la epistemología propia de la teología y de manera pedagógica, se logre interpelar los interlocutores, identificando de esta manera su papel y poder transformador que subyace a la disciplina, contribuyendo así a la consecución de escenarios de paz.

El segundo reto surge en cuanto a la pedagogía de la Teología que debe buscar que “los sujetos sean agentes de cambio y transformación social desde una práctica pedagógica emancipadora” (Santamaría, Quitián y González, 2017). Esto implica directamente al licenciado en teología en la tarea de motivar y propiciar en las aulas de aprendizaje, en los escenarios de formación para la paz, el cambio en los sujetos, en su forma de pensar, de ver la realidad, de concebir el mundo, con el fin de buscar en las nuevas generaciones, primero, una transformación personal y luego, la vivencia de la paz como aspiración a la “cercanía del Reino de Dios entre nosotros” (Mateo 4: 17).

Este esfuerzo requiere la tarea de educar, desde una mirada crítica y esperanzadora, a los sujetos que a su vez deben ser transformadores y constructores de paz en su contorno natural e histórico, como lo afirma Freire en pedagogía del oprimido: “la educación verdadera es praxis, reflexión y acción del hombre sobre el mundo para transformarlo” (1969: 9), lo que implica que el acto educativo sea crítico desde una comprensión de la fe cristiana en clave liberadora, como argumentos para la formación de los estudiantes cuyo objetivo fundamental, como lo afirma Köneman: “es el desarrollo de una solidaridad global que contribuya a un trato solidario con las personas de diferentes culturas y religiones y que capacite para un reconocimiento del otro”.

El tercer reto en este camino de formación del licenciado en Teología en la construcción de los escenarios de paz, “como lo establece el gobierno nacional desde la cátedra de paz en todas las instituciones educativas como asignatura independiente (Ley 1732 de 2014)”. (Álvarez, 2016, p. 128), requiere que el Licenciado en Teología desarrolle “la capacidad crítico-analítica de los sujetos para que constituyan realidades de justicia y liberación en sus distintos contextos” (Santamaría, Quitián, González, 2017). Para lograr este reto el licenciado en teología debe crear estructuras de confianza que promuevan la libertad,

la esperanza, el respeto, entre educandos y educadores en el cual reflexiona constantemente sobre su tarea como docente y sus estrategias para promover la paz en los diversos ámbitos de su desempeño, esto con el fin de fomentar en los estudiantes la capacidad de comprender, apropiarse su contexto familiar, social, cultural y educativo para construir desde los escenarios de paz, realidades justas para la transformación de su propia realidad, desde la justicia como mediación para la deslegitimación de la propia violencia y de las relaciones de marginación y exclusión que se gestan en los distintos tipos de violencia, el poder y la dominación cultural.

El cuarto reto que se propone al licenciado en teología en la construcción de escenarios de paz, es generar en los ambientes de aprendizaje la no violencia, el respeto a la dignidad humana, la solidaridad, la búsqueda del bien común por encima del bien particular, el cuidado de la casa común, respeto de la naturaleza y cambio de las formas de consumo, para transformar las estructuras de injusticia y construir una sociedad más justa, que luche contra el hambre, la explotación, la miseria y la enfermedad. Para ello, es importante que el teólogo desde una actitud abierta y reflexiva dialogue con el entorno, con las comunidades, con los padres y madres de los niños, para fomentar un proceso humano de resolución de conflictos, mediante relaciones de cooperación, en el cual el estudiante sea el protagonista en la transformación de su contexto.

Como quinto reto para el docente teólogo se puede señalar que debe descubrir, asumir, encarnar el aula y el acto educativo como lugar donde “El acontecer del Reino de Dios no es privilegio de unos cuantos ni de ciertos lugares (...) La escuela o academia no ha de ser espacio privilegiado solo para la construcción del conocimiento, sino también del Reino de Dios” (Delgado, 2011, p. 41). En ese sentido el docente, haciendo una lectura teológica de la realidad, con su compromiso transformador, encuentra en el aula una oportunidad de apostolado, de servicio, de transformación social, de santificación, de realización personal, de felicidad.

En la cotidianidad del aula y del sistema educativo el docente encuentra una oportunidad para proyectar los sujetos a un futuro de dignificación, donde “La finalidad más sublime de la educación es aportar a la humanización del hombre, para que él sea promotor de la reconciliación y la paz”. (Delgado, 2011, p. 49). No se trata de ofrecer sólo formación intelectual, o formar personas de gran corazón sin ética y sin capacidad reflexiva, se trata de trabajar por el desarrollo de las potencialidades y de impedir toda forma de opresión por estructuras económicas, sociales religiosas o políticas que generen pobreza, marginación, exclusión, conflicto y destrucción. En el amplio campo de la educación, la promoción humana integral, debe llevar al hombre a la dignidad y a alcanzar la plenitud, allí donde Dios se revela actualmente y en cada contexto. “...Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (Mateo 25: 40).

El sexto reto que queremos plantear está orientado a la labor del educador en la actualidad. Parte de este artículo se ha construido en tiempos de pandemia (Covid-19), donde el educador y el teólogo no son ajenos a esta amenaza en los diversos contextos. Por ello, surge la necesidad de implementar las nuevas Tecnologías de la Información y la Comunicación, sus avances y desarrollos con el fin de entender y defender la vida, las nuevas sensibilidades y culturas, las oportunidades en el ámbito educativo y el reto de la formación y actualización tecnológica al servicio de la promoción humana. Para el estudiante

de Teología de la Universidad Santo Tomás en metodología de “Educación Abierta y a Distancia” se presenta como una oportunidad y un reto de compartir el uso de herramientas tecnológicas, no solo para el entretenimiento, el descanso, el ocio, las redes sociales, sino para la capacitación en diversas áreas del conocimiento y del interés particular y social. Así, esta época nos enfrentó al reto del uso de la tecnología, y lo estamos empleando y afrontando, ya que ha llegado para quedarse.

5. Conclusiones

La paz ha sido un anhelo constante dentro de todas las sociedades. Sin embargo, las situaciones de violencia permanentes dan a entender que aún no se logra un estado de paz que se ha idealizado por religiones, filosofías, sistemas sociales y políticos. Cristo es anunciado como el Príncipe de la Paz y en su vida intenta demostrar el cambio de actitud que hay que tener frente al “enemigo” considerándolo como una persona a la que hay que brindar paz, incluso en situación de ataque.

El pensamiento teológico cristiano desarrollado en épocas distintas por san Agustín y santo Tomás ha sido referente sobre el tema de la paz y de la guerra justa, la cual ha sido utilizada como excusa para defender posiciones individuales o intereses de grupo por parte de estados y gobiernos. En la etapa de la ilustración Kant, formula que la paz se logrará como un estado de racionalización de una búsqueda de intereses superiores para todos los interesados, que permita entender que es mejor para todos vivir bajo un sistema pacífico. Garante de este sistema sería una organización de tipo mundial que permita mantener la paz social. Esta visión, que se ha materializado a través de organizaciones mundiales, aún no ha logrado que se genere la concordia, por la falta de trascendencia en la búsqueda de la paz, que termina incidiendo negativamente en un aspecto que es fundamental para el ser humano: la esperanza.

Desde este punto de vista, el Magisterio de la Iglesia, a partir de los terribles hechos de las guerras mundiales del siglo pasado ha fomentado una reflexión más profunda sobre la búsqueda de la paz, teniendo como resultados concretos el evitar defender las posiciones de las “guerras justas” y reconociendo que ésta es un don de Dios que se debe construir “artesanalmente” por todas las sociedades humanas. Además, se reconoce que sin justicia no se encontrará el camino de la paz. El mensaje de Cristo precisamente busca generar un estado de paz, basado en la entrega y en el reconocimiento del otro. Además, el ámbito de la fe da acceso a la esperanza para, a pesar de los traspies de la historia humana, llegar a crecer y fortalecer un estado de paz.

También es importante reconocer el aporte de pensadores de otras religiones, especialmente judíos como Levinás y Arendt que interpretan la necesidad de la paz como el reconocimiento del más débil y que impulsan a contar con una renovada esperanza, que tiene su punto de encuentro con el cristianismo en un renovado mesianismo. Dentro del pensamiento católico y cristiano se promueve el repensar a la Iglesia como único lugar para la ley, promoviendo el mandamiento del amor que Cristo nos dejó. Esto impulsaría a organizar comunidades que promuevan una vivencia activa de la fe, y no solamente la pertenencia a una determinada creencia. Pikaza propone poner a Cristo crucificado como modelo de la paz a conseguir, pues fue juzgado injustamente y la culpa no recae en nadie en particular, más bien se convierte en víctima Pascual para que nos comprometamos como testigos suyos en la búsqueda de la paz.

Finalmente, se reflexiona acerca de la importancia de la educación teológica para la paz y los retos que hoy tiene el licenciado en Teología frente a la construcción de escenarios de paz, partiendo de una concepción simbólica de la fe que termina educando de manera especial la interioridad humana y su interpretación de la realidad, permitiendo poner de forma concreta más gestos de concordia que de rivalidad. La pedagogía se convierte así, en un medio adecuado para que ilumine los procesos de enseñanza de la teología al servicio de la paz; especialmente en contextos de posconflicto como el colombiano, y la teología como reflexión sobre la fe, permite descubrir los aspectos en los que Cristo como Maestro, enseña continuamente a construir un estado de conciliación con los demás.

6. Referencias bibliográficas

- Andrade, P. (2019) Estrategias y metodologías de educación para la paz en la educación superior colombiana. En Patiño, F. (Ed.); *La enseñanza de las humanidades en la educación superior desde un contexto para la paz*, Bogotá, Colombia: Ediciones USTA, pp. 155-176.
- Angélico, J.P. (2013) Humanismos, Plataformas para la Paz. Una Lectura desde la Teología Trinitaria, *Cauriensia*, VIII. pp. 433-443.
- Ávila, F.J. (2005) Algunas ideas del pensamiento político de Hannah Arendt: su impacto actual, *Revista de Ciencias Sociales*. Vol. 11(1), Recuperado a partir de http://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1315-95182005000100012.
- Bauman, Z. (2000) *Modernidad líquida*, Ciudad de México, F.C.E.
- Beuchot, M. (2005) Santo Tomás de Aquino: del gobierno de los príncipes, *Revista Española de Filosofía Medieval*, nº 12, pp. 101-108.
- Bonilla J. (2005) Utopía y profetismo: desde el contexto y la esperanza. *Franciscanum. Revista de las ciencias del espíritu*, nº 141, pp. 15-26.
- Cadavid, A. (2015) La Mesa Ecuménica por la Paz. Una Expresión de la Fe del Pueblo Empobrecido. *Investigación K*, Vol. 7(1), pp. 53-56.
- Calderón, P. (2009) Teoría de conflictos de Johan Galtung, *Revista paz y conflictos*, nº 2, pp. 60-81.
- Copello, A. (2017) La Conferencia de Roma sobre no Violencia y Paz Justa en Relación con la Guerra Lícita, *Con-texto. Revista de Derecho y Economía*, nº 47, pp. 177-189.
- De Vera, F.H. (2016) La construcción del concepto de paz. Paz negativa, paz positiva y paz imperfecta, *Cuadernos de estrategia*, nº 183, pp. 119-146.
- Delgado Sánchez, A. (2011) El acto educativo como lugar teológico, *Reflexiones teológicas*, nº 8, pp. 37-56, julio-diciembre, Bogotá, Colombia.
- Francisco (Papa) (2014) *Mensaje para la celebración de la XLIX Jornada de la Paz* (1 de enero 2014). Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano.
- González, A. (1999) *Teoría de la praxis Evangélica*, Santander, Editorial Sal Terrae.
- González, I. (2018) Teología de la Paz. 50 años de la Jornada Mundial de la Paz. Burgense: *Collectanea Scientifica*. Vol. 59(2), pp. 937-982.
- Juan Pablo II (1981) *Mensaje para la XIV jornada mundial de la paz*, Ciudad del Vaticano, Librería Editrice Vaticana.
- Juan Pablo II (1993) *Mensaje para la XXVI Jornada Mundial de la Paz*, Ciudad del Vaticano, Librería Editrice Vaticana.
- Juan XXIII (1963) *Carta encíclica Pacem in terris*, Ciudad del Vaticano, Librería Editrice Vaticana.

- Könemann, J. (2016) La pedagogía de la paz en la teología práctica. Relevancia y oportunidades de procesos educativos religiosos por una educación y formación para “la paz”, *Revista Teología*, Tomo 52(159), pp. 153-164.
- Losada Sierra, M. (2005) El origen de la violencia según E. Levinás. *Cuestiones de Filosofía*, nº 7. Recuperado a partir de https://revistas.uptc.edu.co/index.php/cuestiones_filosofia/article/view/2142
- Loureda, O. (2007) *Lingüística del texto. Introducción a la hermenéutica del sentido*, Madrid, Arco/Libros.
- Manrique, C.A. (2019) Religious Practices, State Techniques and Conflicted Forms of Violence in Colombia’s Peacebuilding Scenarios, *Revista de Estudios Sociales*, nº 67, pp. 56-72.
- Montessori, M. (1998) *Educación y paz*, Buenos Aires, Errepar.
- Medina, D.A. (2016) Reconciliación y Paz. Un aporte desde la Teología Paulina, *Análisis*, Vol. 48(89), pp. 377-390.
- Moreno O. (2012) *La pedagogía científica en María Montessori. Aportes desde la Antropología, Medicina y Psicología*, Saarbrücken, Alemania, EAE.
- Montiel T.F. (2015) Educación para la paz: Una propuesta en 5 pasos” en Montiel, F. y García-González, D.E. (eds.) *Manual de construcción de paz: Una aproximación interdisciplinaria*, México, ITESM-TUP, pp. 189-210.
- O’Riordan, S. (1979) Towards a theology of peace, *The Furrow* Vol. 30(3). pp. 144-154.
- Pablo VI (1967) *Populorum Progressio*, Ciudad del Vaticano, Libreria Editrice Vaticana.
- Pablo VI (1968) *Primera Jornada Mundial de la Paz: El Día de la Paz*, Ciudad del Vaticano, Libreria Editrice Vaticana.
- Pablo VI (1972) *Quinta Jornada Mundial de la Paz: Si quieres la paz, trabaja por la justicia*, Ciudad del Vaticano, Libreria Editrice Vaticana.
- Pablo VI (1973) *Sexta Jornada Mundial de la Paz: La Paz es posible*, Ciudad del Vaticano, Libreria Editrice Vaticana.
- Pablo VI (1977) *X Jornada Mundial de la Paz: Si quieres la paz, defiende la vida*, Ciudad del Vaticano, Libreria Editrice Vaticana.
- Pérez, J. y González, M. (2020) El semillero de investigación a distancia como práctica de liderazgo. En Fontaines-Ruiz, T.; Pirela, J.; Almarza, Y. y Maza-Cordova, J. (eds.). *Convergencias y divergencias en investigación*. Recuperado de: <http://tendin.risei.org>
- Pikaza, X.E. (2003) El cristianismo y la construcción de la paz, *Cuadernos de Teología Deusto*, nº 28, Bilbao, Universidad de Deusto.
- Reale, G. y Antiseri, D. (2013) *Historia de la Filosofía: De Spinoza a Kant*, Bogotá, Colombia, Ediciones San Pablo y Universidad Pedagógica Nacional.
- Rielo, F. (2001) Función de la fe en la educación para la paz. En Lázaro, A.; Asensi, J.; Escámez, J. y Rielo, F. (eds.) *Educación desde y para la paz*, Madrid, Fundación Fernando Rielo, pp. 99-119.
- Rodríguez, V. (1986) Teología de la Paz, *Revista Verbo*, Vol. 7(39), pp. 251-252.
- Rodríguez, A.; González, Y. y Malagón, A. (2020) La mixtura metodológica alrededor de narrativas y documentos como apoyo de la investigación en teología y escenarios de paz en Colombia. En Fontaines-Ruiz, T.; Pirela, J.; Almarza, Y y Maza-Cordova, J. (eds.) *Convergencias y divergencias en investigación*. Recuperado de: <http://tendin.risei.org>

- Rossi, M.A. (1998) *El concepto de paz terrena en el pensamiento agustiniano*, Twentieth World Congress of Philosophy. Disponible en Paideia: <https://www.bu.edu/wcp/Papers/Medi/MediRoss.htm>
- Sandoval, C. (1996) *Especialización en teoría, métodos y técnicas de investigación social. Módulo cuatro: Investigación cualitativa*, Bogotá, Icfes.
- Santamaría J.; Quitián, E. y González, I. (2017) Pedagogía de la teología: Horizonte conceptual en perspectiva crítico-liberadora. Aportes desde la pedagogía crítica y la teología de la liberación, *REEA*, Vol. 1(1), pp. 107-124.
- Santamaría, J. y Mantilla, B. (2018) Fundamentación curricular para una pedagogía de la teología. Reflexiones en perspectiva crítico-liberadora, *Pedagogía y Saberes*, nº 48, Universidad Pedagógica Nacional, Bogotá, pp. 111-126.
- Tomás de Aquino, S. (1964) *Suma Teológica*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos.
- Tuvilla, J. (2004) *Manual de Paz y Conflictos*, Granada, Editorial Universidad de Granada/Junta de Andalucía, pp. 387-425.
- Vasilachis de Gialdino, I. (2006) La investigación cualitativa. En Vasilachis de Gialdino, I. (coord.) *Estrategias de investigación cualitativa*, Barcelona, Gedisa.

Proceso Editorial • Editorial Process Info

Recibido: 30/11/2020 Aceptado: 17/12/2020

Cómo citar este artículo • How to cite this paper

Malagón Avilés, Omar, González Rodríguez, Manuel, Moreno Romero, Oliverio (2020) Teología y paz, su aporte en la educación. Avances históricos y retos, *Revista de Cultura de Paz*, Vol. 4, pp. 33-54.

Sobre el autor • About the Author

Omar Malagón Avilés es profesor investigador del Departamento de Química de la Universidad Técnica Particular de Loja, egresado del programa de licenciatura en teología de la Universidad Santo Tomás, Colombia, e integrante del Semillero Teología y Sociedad. ORCID ID: <https://orcid.org/0000-0001-7946-7858>

Manuel González Rodríguez es egresado del programa de licenciatura en teología de la Universidad Santo Tomás, e integrante del Semillero Teología y Sociedad.

Oliverio Moreno Romero es docente investigador de la facultad de educación, de la Universidad Santo Tomás, Colombia, y tutor del Semillero Teología y Sociedad. CvLAC: http://scienti.colciencias.gov.co:8081/cvlab/visualizador/generarCurriculoCv.do?cod_rh=0001386210 ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-7640-2992>